



Con il PVA in mano

Rileggere la Magnifica Humanitas
per custodire l'umano nel tempo dell'IA

Antonio Boccia

Per i Salesiani Cooperatori e la Famiglia Salesiana

Presentación

Entre los compromisos que he tratado de llevar adelante durante estos años de servicio como Coordinador Mundial se encuentra el de animar a los Salesianos Cooperadores a hacer suyos de verdad los documentos de la Iglesia. No como lectura obligatoria, ni como material que añadir a los tantos otros documentos que ya se encuentran en nuestros archivos, sino como herramienta viva para comprender la época en la que vivimos y para orientar nuestra acción.

El PVA lo prevé explícitamente: los «Documentos de la Iglesia» figuran entre las fuentes de la formación inicial (Reg. Art. 15, §2), y la formación permanente exige dedicar tiempo al estudio de la doctrina de la Iglesia (Reg. Art. 16, §1). Pero entre preverlo y llevarlo realmente a la práctica suele haber una distancia que merece la pena salvar. No solo por sentido del deber, sino porque, en esos textos, la Iglesia nos ayuda a leer la realidad sin miedo y sin ingenuidad.

El 15 de mayo de 2026, el papa León XIV publicó la encíclica *Magnifica Humanitas*, dedicada a la protección de la persona humana en la era de la inteligencia artificial. Se trata de un documento extenso que aborda la IA, el trabajo, la familia, la educación, la comunicación, la paz y las nuevas formas de explotación relacionadas con la economía digital. Temas que no son secundarios para nosotros: constituyen el núcleo de nuestro campo de misión.

He querido releer esta encíclica con los Estatutos y el Reglamento del PVA en la mano, buscando los puntos de diálogo entre ambos textos. No para demostrar que el PVA ya lo había dicho todo –sería un ejercicio inútil y un poco forzado–, sino para mostrar cómo un documento del Magisterio puede iluminar y enriquecer aquello que ya nos hemos comprometido a vivir. Los dos textos se dialogan, se complementan y, a veces, se provocan mutuamente.

Teniendo también a la vista el informe sobre el estado de la Asociación, me he dado cuenta de que algunos retos y algunos sueños que han surgido en nuestro camino encuentran en la encíclica un eco muy concreto. No todos, claro está. No sería honesto buscar correspondencias a toda costa. Pero allí donde el diálogo surge de forma espontánea, merece la pena recogerlo. Por eso, a lo largo de estas páginas, he incluido algunas pinceladas: pequeñas referencias al reto de caminar con los jóvenes hacia una sociedad más cristiana y humana, al sueño de ser testigos creíbles y alegres, al esfuerzo por la identidad, la formación, la misión y la corresponsabilidad. No como un segundo discurso junto al primero, sino como una luz más sobre el mismo camino.

Este escrito pretende ser, ante todo, una propuesta metodológica. No pretende ser un comentario sistemático de la **Magnifica Humanitas**, ni un análisis detallado de todos sus contenidos. La encíclica es mucho más rica de lo que estas páginas logran reflejar. Aquí he intentado hacer algo más sencillo, y quizá más útil para la vida de nuestros Centros: mostrar cómo se puede tomar un documento de la Iglesia, leerlo con nuestro Proyecto de Vida Apostólica en la mano y dejarse interpelar por él. El destinatario inmediato de estas páginas sigue siendo la Asociación de Salesianos Cooperadores, pero el método no se limita a nuestros límites. Puede ser de ayuda, con las adaptaciones necesarias, también para otros grupos de la Familia Salesiana: cada uno partiendo de su propia identidad, de sus Constituciones o Reglas de vida, y de su propia forma de participar en el carisma de Don Bosco. Cada centro local podría hacerlo en una reunión mensual, en unos ejercicios espirituales, en un momento de formación compartida; y el mismo proceso podría ocurrir en otros ámbitos de la Familia Salesiana. No se necesitan competencias especiales. Se necesita la curiosidad de quien quiere comprender su tiempo y la fidelidad de quien ha hecho una Promesa o ha acogido una vocación salesiana. Quizás también se necesite un poco de valor: el de dejarse cuestionar, sin defenderse de inmediato, y preguntarse qué es lo que el Señor está pidiendo hoy a nuestra Asociación y, más ampliamente, a la Familia Salesiana.

Antonio Boccia, Coordinador mundial emeritus de la Asociación de Salesianos
Cooperadores, Roma, mayo de 2026

El texto

El primer contacto con la **Magnifica Humanitas** puede resultar desorientador por la amplitud de los temas tratados. Pero basta con seguir el hilo conductor que León XIV propone desde las primeras páginas para encontrar una clave de lectura accesible para todos: no estamos llamados a ser expertos en tecnología, sino a no quedarnos de brazos cruzados mientras el mundo cambia a nuestro alrededor.

El Papa utiliza dos imágenes bíblicas como brújulas a lo largo de todo el documento. La primera es la torre de Babel: un proyecto grandioso construido sobre el orgullo, la uniformidad y la pretensión de bastarse a sí mismo, que acaba en confusión y dispersión. La segunda es la de Nehemías reconstruyendo las murallas de Jerusalén: no solo, no desde arriba, sino junto al pueblo, a cada uno su tramo de muralla, con oración y responsabilidad compartida. Entre estas dos imágenes se juega la elección que la encíclica propone a cada cristiano.

Si lo miramos bien, es también una elección muy nuestra. En el informe sobre el estado de la Asociación habíamos señalado como reto prioritario el **caminar junto a los jóvenes hacia una nueva sociedad más cristiana y humana**. La imagen de Nehemías ayuda a comprender

bien lo que esto significa: no construir un proyecto desde arriba, no imaginar una comunidad perfecta y uniforme, sino ponernos manos a la obra juntos en los tramos de muro que se nos han confiado, en las realidades concretas, con los jóvenes y no simplemente para los jóvenes. Es una perspectiva muy salesiana: pocas palabras solemnes, mucha presencia, mucha paciencia y una confianza obstinada en el bien posible. Precisamente por eso puede traspasar los límites de nuestra Asociación, porque toda la Familia Salesiana, de diversas maneras, lleva en el corazón la misma pasión educativa.

1. Una doctrina social viva, no archivada

La *Magnifica Humanitas* se publica con motivo del 135º aniversario de la *Rerum novarum* de León XIII, la encíclica que dio inicio a lo que hoy llamamos Doctrina Social de la Iglesia. El gesto no es solo conmemorativo. León XIV quiere mostrar que esa tradición sigue siendo capaz de interpretar el presente. La Doctrina Social no es un catálogo de principios que consultar cuando sea necesario, sino —escribe el Papa— «un corpus vivo de verdades» que crece al enfrentarse a los retos de cada época (n.º 3). Los capítulos I y II de la encíclica repasan esta evolución y aplican sus principios fundamentales —la dignidad de la persona, el bien común, la subsidiariedad, la solidaridad y la justicia social— a las transformaciones que ha traído consigo la inteligencia artificial.

Para los Salesianos Cooperadores, este es un terreno familiar. El Reglamento (art. 2, §1) sitúa la fidelidad a las enseñanzas de la Doctrina Social junto a la fidelidad al Evangelio, como si fueran inseparables. Los Estatutos (art. 8, §4) dicen que los Cooperadores «están atentos a la Doctrina Social de la Iglesia y a la comunicación social para promover itinerarios educativos». Y el Reglamento (art. 3, §2) pide a la Asociación que intervenga «con valentía» para promover una cultura sociopolítica inspirada en el Evangelio.

Aquí se plantea uno de los retos que ya habíamos reconocido en el camino asociativo: la formación. No una formación abstracta, que se queda en la cabeza y no llega a la vida, sino una formación capaz de aportar criterios, lenguaje y valor. Si la Doctrina Social está viva, entonces debe cobrar vida también en nuestros Centros, en los Consejos, en las decisiones apostólicas, en la forma en que interpretamos el territorio. Y esto es válido, con matices diferentes, para cada realidad de la Familia Salesiana que quiera dejarse educar por el Magisterio de la Iglesia. De lo contrario, corremos el riesgo de citarla, quizá incluso bien, pero sin dejarle realmente la tarea de educar nuestra mirada.

La *Magnifica Humanitas* és, por tanto, para nosotros, la actualización más reciente de esa brújula. Ignorarla sería como tener un instrumento precioso en un cajón y no utilizarlo. Y

quizá, más sencillamente, sería perder una oportunidad de hacer que nuestro PVA esté menos escrito en el papel y se viva más en la vida.

2. Discernir los tiempos, con espíritu salesiano

Una de las palabras más recurrentes en la encíclica es «discernimiento». No se trata de estar en contra de la tecnología, ni de aceptarla sin reservas. Se trata de evaluarla a la luz de criterios éticos y espirituales, de preguntarse quién se beneficia realmente de ella, quién paga su coste y qué consecuencias tiene en la vida concreta de las personas. León XIV pide este discernimiento a todos –no solo a los obispos o a los teólogos– porque las decisiones sobre la inteligencia artificial se toman cada día, incluso por parte de quienes la utilizan sin darse cuenta.

El PVA reconoce esta tarea como parte esencial de la identidad del Cooperador. El Reglamento (art. 11, §1) describe a personas que «disciernen los signos de los tiempos y, con espíritu de iniciativa, se esfuerzan por dar respuestas adecuadas a las necesidades que surgen del territorio y de la sociedad civil», dispuestas a «verificar y readaptar constantemente su actuación». Los Estatutos (art. 16, apartado 1) piden «promover las novedades con sentido crítico cristiano» y «escuchar sobre todo a los jóvenes en el discernimiento de los signos de los tiempos».

No se trata de una actitud defensiva ante lo nuevo, ni de un entusiasmo ingenuo. Es esa postura, a la vez concreta y contemplativa, que el Reglamento (art. 11, §2) describe como «el sentido de lo concreto», acompañada de «una actitud de contemplación que impulsa a buscar y reconocer el misterio de la presencia de Dios en lo cotidiano».

En este punto, la encíclica aborda también de cerca otro reto para la asociación: interiorizar el PVA. No basta con haberlo aprobado, no basta con haberlo estudiado una vez. Hay que dejar que actúe en nuestro interior, para que se convierta en criterio de discernimiento. Leer la **Magnifica Humanitas** con el PVA en la mano significa precisamente esto: no añadir un documento a otro documento, sino entrenarnos para mirar el mundo como Salesianos Cooperadores. Y el mundo, hoy, no nos pide respuestas repetidas por costumbre; nos pide presencia, lucidez, escucha, capacidad de verificar y, cuando sea necesario, también de cambiar de rumbo.

3. En el seno de la realidad: economía, política, cultura

La encíclica es exigente en un punto que corre el riesgo de pasar desapercibido: no basta con tener buenos principios, hay que llevarlos a los lugares donde se toman las decisiones.

León XIV lo dice sin rodeos: «No basta con invocar la ética: se necesitan marcos jurídicos adecuados, una vigilancia independiente, la educación de los usuarios, una política que no renuncie a su tarea» (n.º 106). Los cristianos están llamados a estar presentes en las empresas tecnológicas, en los parlamentos, en las universidades, en los sindicatos, aportando criterios de justicia y protección de los más débiles.

Este es precisamente el ámbito que el PVA asigna a los cooperadores laicos, que viven su vocación «en las situaciones ordinarias de la vida y del trabajo» (Estatutos, art. 3, § 2). El Reglamento (art. 2, apartados 2 y 4) les insta a formarse «una conciencia crítica madura para participar de manera responsable en la vida social en los ámbitos de la cultura, la economía y la política» y a integrarse «en las estructuras culturales, sindicales y sociopolíticas, con vistas a la consecución y el desarrollo del bien común». Los Estatutos (art. 12, § 2) especifican que las actividades se desarrollan en estructuras «civiles, culturales, socioeconómicas, políticas, eclesiales y salesianas».

No hay, pues, separación entre la fe y la vida pública. La encíclica no añade nada nuevo a esta convicción del PVA: la refuerza y la actualiza. Y, al mismo tiempo, nos recuerda algo muy concreto: la corresponsabilidad no se mide únicamente dentro de nuestras estructuras asociativas. Se mide también en la capacidad de los laicos para estar presentes en los ámbitos de la vida social con competencia, conciencia y libertad interior.

En el informe sobre el estado de la Asociación habíamos hablado de autonomía solidaria en la corresponsabilidad. Es una expresión que aquí encuentra una aplicación muy práctica. Autonomía no significa caminar solos, ni distanciarse de la Familia Salesiana. Significa madurar en la misión, ser capaces de asumir responsabilidades específicas allí donde la vida nos sitúe: en el trabajo, en la escuela, en las instituciones, en las profesiones, en las relaciones cotidianas. Solidaria, porque esta madurez no cierra, sino que abre a la comunión y al bien común.

4. Los jóvenes en el entorno digital: la frontera salesiana

Entre los capítulos de la encíclica, el cuarto es quizás el que se dirige más directamente al corazón salesiano. León XIV describe a jóvenes expuestos prematuramente a los dispositivos digitales, atrapados en dinámicas de adicción, acoso escolar, captación en línea y fácil acceso a contenidos violentos o pornográficos (n.º 141). Detrás de estas dinámicas hay modelos económicos que monetizan la atención, algoritmos diseñados para retener al usuario y plataformas que no tienen interés en proteger a los más vulnerables. El Papa pide una «alianza educativa» entre familias, colegios e instituciones, y pide a los adultos que redescubran su vocación de educadores —no como controladores, sino como acompañantes—.

Don Bosco no habría tenido dificultades para reconocer estas dinámicas. Los nombres han cambiado, los espacios se han vuelto digitales, pero la soledad de los jóvenes más expuestos es la misma. El PVA sitúa esta atención en el corazón de la misión: el Estatuto (art. 8, §2) exige una atención privilegiada «a los jóvenes, especialmente a los más pobres o víctimas de cualquier forma de marginación, explotación y violencia». El Reglamento (art. 2, §3) pide mantenerse «constantemente al día sobre la evolución de los medios de comunicación social, sobre todo por la incidencia que tienen en la formación de los jóvenes, las familias y las clases populares».

Hoy en día, esta actualización significa conocer los riesgos del entorno digital, saber acompañar a los jóvenes y a las familias en decisiones más conscientes, y promover esa «higiene de la atención» de la que habla la encíclica (n.º 146). El Reglamento (art. 16, §4) ya indica la dirección: utilizar las nuevas tecnologías «para favorecer el desarrollo de la capacidad crítica», no dejarse llevar por ellas.

En este sentido, la correspondencia con el informe sobre el estado de la Asociación resulta casi natural. Habíamos reconocido el impacto de las nuevas tecnologías en la formación de las nuevas generaciones como uno de los grandes retos de nuestro tiempo. También habíamos observado una dificultad: la de involucrar de verdad a los jóvenes, de hablar su lenguaje sin limitarnos a seguirles de forma superficial, de ofrecerles espacios en los que no sean solo destinatarios, sino protagonistas. La encíclica nos dice que esto no es una cuestión secundaria. Es una auténtica frontera educativa.

Por eso, el sueño expresado en el informe —ser testigos creíbles y alegres, llevando a cabo proyectos de esperanza, de fe y de vida con y para los jóvenes— no puede quedarse en una bonita frase de congreso. Debe tomar forma también aquí: en talleres de educación digital, en cursos para padres, en alianzas con la escuela, en comunidades locales capaces de escuchar antes de hablar. Es una tarea que nos concierne especialmente a nosotros, los Salesianos Cooperadores, pero que puede compartirse con toda la Familia Salesiana, porque ningún grupo, por sí solo, basta ante la complejidad educativa de hoy. El joven conectado no necesita menos presencia; quizá la necesite aún más. Pero una presencia adulta, serena, competente, sin ansiedad y sin moralismos.

5. Trabajo, familia, dignidad

En los números 148-169, la encíclica defiende el trabajo como «dimensión fundamental de la experiencia humana» —no una simple fuente de ingresos, sino un lugar de identidad, relaciones y contribución a la comunidad. La automatización y la IA no son malas en sí mismas, pero corren el riesgo de empobrecer esta experiencia cuando se rigen únicamente por la lógica

de la eficiencia y el beneficio. Y cuando el trabajo se vuelve precario o desaparece, también sufre la familia, que sobre él construye su estabilidad.

El PVA reconoce esta conexión. Los Estatutos (art. 8, apartado 3) comprometen a los Cooperadores a «promover y defender el valor de la familia como núcleo fundamental de la sociedad». El Reglamento (art. 2, §1) señala la «profesionalidad seria y actualizada» como una de las formas concretas de testimonio cristiano en la vida cotidiana. El Reglamento (art. 7, §2) valora el testimonio de los adultos precisamente a través del «compromiso en el ámbito del propio trabajo y de la cultura, y del ejercicio de las responsabilidades sociales, económicas y políticas».

El trabajo digno y la familia estable no son cuestiones ajenas a la misión apostólica: forman parte integrante de ella, hoy más que nunca. Lo son porque el joven no crece en el vacío. Crece en el seno de una familia, en un barrio, en unas condiciones económicas que pueden abrir o cerrar las puertas a la esperanza. Cuando una familia se ve abrumada por la incertidumbre, cuando falta el trabajo o este se vuelve inhumano, también la educación se vuelve más frágil.

En el informe sobre el Estado de la Asociación habíamos hablado de las crisis familiares y de la crisis de la dignidad humana como retos que exigen una presencia específica de los Salesianos Cooperadores. Muchos de nosotros somos cónyuges, padres, trabajadores, profesionales. No observamos estas realidades desde afuera. Las vivimos en primera persona. Por eso podemos ofrecer no solo palabras, sino un testimonio cotidiano: familias que no se cierran en sí mismas, adultos que trabajan con honestidad, competencias puestas al servicio de los demás, redes de apoyo para quienes lo tienen más difícil. Es una forma sencilla y concreta de apostolado, pero no por ello menos decisiva.

6. Comunicación, verdad, pensamiento crítico

La desinformación no es un problema técnico, dice la encíclica: es un problema moral. Cuando la distinción entre lo verdadero y lo falso se desvanece, la democracia se debilita y las personas se vuelven manipulables (n.º 134). Quienes controlan las plataformas digitales tienen un enorme poder sobre el imaginario colectivo, y este poder debe ejercerse con responsabilidad. León XIV aboga por una «ecología de la comunicación» que no se reduzca a normas y reglamentos, sino que forme a personas capaces de pensar críticamente, de verificar las fuentes y de resistirse a la simplificación.

El PVA ya había identificado la comunicación como un ámbito apostólico específico. Los Estatutos (art. 11) la incluyen entre las «actividades típicas» del Cooperador. El Reglamento (art. 2, §3) insta a «valorizar la dimensión ética de la cultura». El Reglamento (art. 16, §4)

compromete a la Asociación a utilizar las nuevas tecnologías «para colaborar en el diálogo cultural, para favorecer el desarrollo de la capacidad crítica y para elaborar y difundir materiales formativos accesibles para todos».

La encíclica profundiza en las razones de este compromiso: no se trata solo de comunicar mejor, sino de custodiar esa confianza social sin la cual una comunidad —eclesial o civil— no puede sostenerse. También aquí se aprecia lo actual que es el reto formativo. Si nuestros centros locales quieren ser lugares educativos, deben ayudar a madurar una forma cristiana y salesiana de vivir la comunicación. El mismo fenómeno ocurre con las comunidades educativas, pastorales y asociativas de la Familia Salesiana, donde la palabra puede convertirse en puente o en obstáculo. No basta con abrir un canal, publicar un cartel o reenviar un mensaje. Es necesario educarse y educar en la palabra verdadera, contrastada, respetuosa, capaz de construir y no de herir.

También hay un aspecto muy concreto de identidad asociativa. Una comunidad que se comunica mal, que simplifica en exceso, que se deja llevar por las reacciones inmediatas, acaba perdiendo su propio estilo. En cambio, una comunidad que cuida la palabra, escucha, verifica y explica con paciencia, se vuelve más creíble. Y la credibilidad, como sabemos, era una de las palabras centrales del sueño señalado en el informe: ser testigos creíbles y alegres. La alegría salesiana no es ruido. Es también serenidad en la forma de comunicarse, capacidad para suavizar los tonos, para no añadir confusión a la confusión.

7. Las nuevas formas de esclavitud: un tema incómodo pero necesario

Uno de los pasajes más contundentes y menos previsibles de la encíclica es la denuncia de las «nuevas formas de esclavitud» vinculadas a la economía digital (nn. 173-179). Detrás de cada respuesta generada por un sistema de IA hay una cadena de trabajo a menudo invisible y explotada: quienes etiquetan los datos a cambio de unas pocas monedas, quienes extraen en las minas los minerales para los microprocesadores en condiciones peligrosas, quienes sufren la trata de personas facilitada por las herramientas digitales. León XIV no se limita a denunciar: exige transparencia en las cadenas de producción, responsabilidad ética de las empresas y protección concreta de las víctimas. Y también hace un gesto inesperado: pide perdón, en nombre de la Iglesia, por los retrasos históricos en la condena de la esclavitud (n.º 176).

El PVA lleva esta sensibilidad al corazón de su carisma. El Reglamento (art. 2, §2) pide «rechazar todo lo que provoque y alimente la injusticia, la opresión, la marginación y la violencia, y actuar con valentía para eliminar sus causas». El Reglamento (art. 3, §2) compromete a la Asociación a promover «la solidaridad con los pueblos en vías de desarrollo,

la justicia y la paz». Los Estatutos (art. 7) nos invitan a vivir la justicia «para construir un mundo más fraterno que reconozca y promueva los derechos de todos, especialmente de los más débiles».

Este pasaje de la encíclica es una invitación a no quedarnos en la superficie de las tecnologías que utilizamos, sino a preguntarnos qué se esconde detrás: quién las ha construido, en qué condiciones y con qué coste humano. Es una pregunta incómoda, porque también afecta a nuestros hábitos cotidianos. Pero es precisamente aquí donde la crisis de la dignidad humana, a la que se hace referencia en el informe sobre el estado de la Asociación, se hace concreta. No es un tema genérico. Se trata de la vida de personas reales, a menudo alejadas de nuestra vista, pero no por ello alejadas de nuestra responsabilidad.

Para nosotros, los Salesianos Cooperadores, esta página también puede convertirse en un llamamiento educativo. Ayudar a los jóvenes a utilizar la tecnología no significa solo enseñarles a actuar con prudencia en Internet. Significa también abrirles los ojos ante las cadenas de suministro, el consumo, las desigualdades y las nuevas y ocultas formas de pobreza. Significa educarlos para que se pregunten: ¿este progreso hace que alguien sea más libre o que alguien sea más invisible? Es una pregunta sencilla, pero puede cambiar la forma de estar en el mundo.

8. Paz, diálogo, rechazo de la violencia

El quinto capítulo de la **Magnífica Humanitas** es una denuncia directa de la «cultura del poder»: la tendencia creciente a considerar la guerra como un instrumento normal de la política internacional, a invertir en sistemas de armamento cada vez más sofisticados, a utilizar la inteligencia artificial para que la violencia sea más rápida y menos visible. León XIV pide «desarmar las palabras», construir la paz en la justicia, relanzar la diplomacia y el multilateralismo, y no dejarse convencer de que no existen alternativas.

El PVA arraiga la vocación por la paz en el corazón de la identidad salesiana. Los Estatutos (art. 7) incluyen «la voluntad decidida de ser constructores de paz en un mundo agitado por la violencia» entre los compromisos bautismales vividos según el espíritu de las Bienaventuranzas. El Estatuto (art. 8, §5) pide comprometerse «con la educación para la mundialidad como apertura al diálogo entre las culturas». El Reglamento (art. 3, §4) compromete a la Asociación a «favorecer el diálogo intercultural e interreligioso».

Ser constructores de paz hoy en día significa también —como sugiere la encíclica— velar por el uso de las tecnologías en contextos bélicos y resistirse a la lógica que presenta la fuerza como la única respuesta realista a los conflictos. Pero significa también empezar por lo más cercano: por las palabras que utilizamos, por las tensiones que alimentamos o apaciguamos, por la capacidad de mantener el diálogo incluso cuando no estamos de acuerdo.

Aquí vuelve a aparecer un matiz importante del informe: la comunión en la diversidad como camino hacia la santidad. En un mundo que a menudo transforma la diversidad en recelo o en enfrentamiento, la Asociación puede ser un pequeño laboratorio de paz. No porque en su seno no haya dificultades, diferencias o malentendidos. Los hay, como en cualquier familia. Pero precisamente por eso podemos aprender a convertirlas en un ejercicio de comunión. La paz no surge cuando todos piensan de la misma manera; surge cuando la diversidad no rompe el vínculo.

9. La fuente: la oración, la Eucaristía, María

La conclusión de la encíclica lo remite todo a la fuente. León XIV evoca el *Magnificat* como el canto de quien sabe ver la acción de Dios en la historia, incluso cuando no es evidente. Invita a una espiritualidad eucarística que no separe la vida interior del compromiso con el mundo, sino que los mantenga unidos. Y recuerda que quien trabaja para construir un mundo más justo no lo hace confiando en sus propias fuerzas, sino dejándose sostener por una esperanza que viene de lo alto.

Tampoco en este punto el PVA tenía por qué esperar a la encíclica: los Estatutos (art. 19, §2) afirman que los Cooperadores encuentran «en la Eucaristía el alimento de su caridad apostólica» y en la Reconciliación «la misericordia del Padre, que imprime en su vida una conversión dinámica y continua». Los Estatutos (art. 14, §3) describen la entrega diaria a María como un rasgo característico de la espiritualidad salesiana. El Reglamento (art. 12, §1) basa todo en la vida de oración, «el diálogo diario con el Señor, la participación en los sacramentos y la lectio divina».

El punto de contacto entre ambos textos es sencillo pero importante: la acción sin oración se convierte en activismo; la oración sin acción corre el riesgo de convertirse en evasión. Es en la interrelación entre ambas donde nace un testimonio cristiano capaz de perdurar.

También el informe sobre el Estado de la Asociación decía, con palabras muy concretas, que es necesario cultivar una espiritualidad profunda para acercarnos a los jóvenes, escucharlos y acompañarlos. Esta expresión me parece especialmente acertada. La espiritualidad no nos aleja de los jóvenes; si es auténtica, nos impulsa hacia ellos. No nos encierra en una habitación tranquila para protegernos de la complejidad; nos da el aliento necesario para adentrarnos en ella sin perder el alma. Y quizá hoy necesitemos precisamente esto: adultos que no se agiten, que no se desanimen, que no se erijan en salvadores, sino que estén cerca, escuchen, acompañen y aporten a la historia un poco de la esperanza de María.

Para concluir

La *Magnifica Humanitas* no pide a los Salesianos Cooperadores que cambien de rumbo. Pide que recorran con mayor conciencia y urgencia un camino que el PVA ya había trazado. Ofrece nuevos argumentos, nuevas urgencias, nuevos escenarios a los que aplicar los compromisos ya asumidos con la Promesa. Y, en el mismo momento, sugiere un método que puede resultar valioso para toda la Familia Salesiana: dejarse interpelar por los documentos de la Iglesia a partir del carisma recibido, sin reducirlos a citas y sin transformarlos en ejercicios teóricos.

El informe sobre el estado de la Asociación nos había dejado algunas palabras contundentes: retos, corresponsabilidad, identidad, formación, misión, jóvenes, familia, dignidad, sueño. La encíclica no retoma todo ello de la misma manera, ni tiene por qué hacerlo. Sin embargo, cuando la leemos con el PVA en la mano, nos damos cuenta de que muchas de esas palabras no eran solo parte de un pasaje del congreso. Eran, y siguen siendo, cuestiones de actualidad.

Quizá el mensaje más sencillo que podemos extraer sea este: no debemos esperar a que el futuro nos caiga encima. Podemos vivirlo como Salesianos Cooperadores, con sentido crítico cristiano, con competencia laical, con espíritu de familia, con pasión educativa. Y podemos hacerlo sintiéndonos parte viva de la Familia Salesiana, no como realidades aisladas, sino como hermanos y hermanas que comparten la misma raíz carismática. Podemos elegir no construir Babel, sino poner manos a la obra, juntos, en el tramo de muro que se nos ha confiado.

Espero que este texto pueda convertirse en una herramienta útil en las reuniones de los Centros locales, en los momentos de formación permanente y en la preparación de los planes apostólicos. Y espero que, precisamente como método, pueda ser retomado también en otros ámbitos de la Familia Salesiana, cada vez que se desee leer un documento de la Iglesia no desde afuera, sino partiendo de la propia vocación y misión. No como un texto más que archivar, sino como punto de partida para una conversación concreta: ¿qué significa, en el contexto en el que vivimos y actuamos, ser hoy Salesianos Cooperadores? ¿Qué dice el mismo llamamiento a los demás grupos de la Familia Salesiana? ¿Y qué pequeño tramo de muro, aquí y ahora, nos pide el Señor que reconstruyamos junto a los jóvenes?